



PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES.		Colegial (El).	Frontaura (D. Carlos).	Lañora (D. Juan Bautista).	Rodríguez Cortina (D. Federico).	Serrano (D. Gaspar Bono).
Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).	Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).	Fabruquer (Excmo. Sr. conde de).	Garrido (D. Estéban).	Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María).	Sabando (D. Julian Manuel de).	Silió y Gutierrez (D. Evaristo).
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).	Fernandez Bremón (D. José).	Fernandez Bremón (D. José).	Gonzalez de Tejada (D. José).	Mestre y Marzal (D. Carlos).	San Javier (vizconde de).	Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.).
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).	Forteza (D. Guillermo).	Forteza (D. Guillermo).	Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Perez Guzman (D. Juan).	Selgas (D. José).	Tamayo y Baus (D. Manuel).

PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESÚS.	BALMES (D. Jaime).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).	GRANADA (Fr. Luis de).	MALLEBRANCHE.	PADRE FÉLIX (de la C. ^a de Jesús).	
SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr.	BAUTAIN (abad).	FENELON (arz. de Cambray).	GRATRY (abad).	MARIANA (P. Juan de).	POSADA RUBIN DE C. (patriarca).	
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.	BOSSUET (obispo de Meaux).	FLECHIER (ob. de Nîmes).	LACORDAIRE (P. J.).	MASCARON (ob. de Agen).	RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).	
SAN JERÓNIMO dr. y fr.	BOURDALOUE (P. Luis).	FLEURY (abad).	LEON (Fr. Luis de).	MASSILLON (ob. de Clermont).	SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).	
SAN IGNACIO DE LOYOLA.	DONOSO CORTES (D. Juan).	FLOREZ (P. Mtro. Enrique).	LISTA (D. Alberto).	MATHIEU (cardenal).	VEUILLOT (D. Luis).	
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	DUPANLOUP (ob. de Orleans).	GALLEGO (D. Juan Nicasio).	MADRIGAL (D. Alonso de).	MONTALEMBERT (conde de).	WISSEMAN (cardenal).	

DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.	
--	--

SUMARIO.

REVISTA DE LA QUINCENA, por D. José Pulido y Espinosa.—**Sección biográfica:** EL ABATE MARCHENA, traducción, por Doña Angela Grassi (continuación).—**Sección monumental:** LA CATEDRAL DE CANTORBERY.—**Variedades:** CAPÍTULO X DE LA NOVELA BÍBLICA *María Magdalena*, por Antonio de Pádua.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura.—**Sección poética:** EL HUMO DE LA CABAÑA, por D. L. A. de Cueto.—**Miscelánea.**

Grabados: CATEDRAL DE CANTORBERY.—MAGDALENA Y ROBOAM.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Las noticias de Roma que leemos en el último número del *Giornale di Roma*, son las más satisfactorias, cuando dentro de la Ciudad Eterna no han encontrado eco alguno los planes demagógicos, queriendo sustituir por capital de un reino á la que es capital del mundo católico. Nada conturba el grande espíritu del Sumo Pontífice, y cuando por todas partes se amenaza contra su poder eterno y contra los justos derechos de la Iglesia, el Jefe supremo de ella, con la firmeza que da la fé, habla al mundo entero del modo que vemos en la magnífica alocución pronunciada el 24 de

Setiembre en Consistorio secreto, cuyo documento insertamos íntegro, como lo ha hecho toda la prensa católica:

ALOCUCION.

«Todo el mundo católico, venerables hermanos, conoce las graves injurias é inmensos daños que vienen haciéndose por muchos años á la Iglesia Católica, á Nos y á la Silla Apostólica, á los Obispos, á los Ministros de las cosas sagradas, á las Ordenes religiosas de ambos sexos y á los Institutos piadosos por el Gobierno piamontés, conculcando todos los derechos divinos y humanos, y despreciando las penas y censuras eclesiásticas, á pesar de nuestras quejas y protestas hechas varias veces. Ese Gobierno, vejando cada día más á la Iglesia y oprimiéndola con leyes hostiles condenadas por Nos, ha llegado á tal punto de injusticia, que sin temor alguno propone, aprueba, sanciona y promulga en sus Estados y en los que tiene usurpados, una ley tan audaz como temeraria y en un todo sacrilega, por la que despoja á la Iglesia de todos los bienes que le pertenecen, y con gran detrimento de la misma sociedad civil, se los apropia y pone en venta. Todos ven la barbarie é injusticia

de una ley que ataca el inviolable derecho de posesion que goza la Iglesia en virtud de su Constitucion divina, conculcándose todos los derechos naturales, divinos y humanos, y reduciendo á la indigencia y mendicidad á las Vírgenes consagradas á Dios.

«En medio de tal subversion de todos los derechos que arruinan á la Iglesia, Nos, que por nuestro supremo ministerio Apostólico, debemos sostener con celo y defender y vengar la causa de la Iglesia y de la justicia, no podemos de ningun modo guardar silencio. Por esto, Nos, en vuestra augusta asamblea, y en virtud de nuestra autoridad Apostólica, reprobamos esta ley, la condenamos y la declaramos nula y sin efecto alguno. Y sepan los autores y fautores de ella, que han tenido la desgracia de incurrir en las penas eclesiásticas y censuras que señalan los sagrados Cánones, Constituciones Apostólicas y Decretos de los Concilios generales contra aquellos que por usurpacion ó por invasion atacan á la Iglesia en sus derechos y en sus bienes.

«Espántense y conmuévase esos acérrimos perseguidores de la Iglesia, y tengan por muy cierto que Dios, autor y vengador de la Santa Iglesia, les reserva terribles y severos

castigos, si no se arrepienten y resarcen y reparan los daños que causan á la Iglesia, como Nos lo deseamos y se lo pedimos humildemente y de todo corazon al Dios de las Misericordias.

»Aprovechamos esta ocasion, venerables hermanos, para haceros saber la falsedad de cierto calumnioso libelo que acaba de publicarse en París, llegando á tanta su impudencia y perfidia, que se propone insinuar en el ánimo de sus lectores atribuyan á esta Santa Sede Apostólica los acontecimientos de Méjico. Cuán falsa y absurda sea esta suposicion, todo el mundo lo sabe, y se halla enteramente demostrado, y aparece más claro que la luz, en la carta, entre otros documentos, que el infortunado Maximiliano nos escribió desde su cárcel en el dia 18 de Junio, ántes de su cruel muerte.

»Y ya que se nos presenta la oportunidad, no podemos ménos de dar aquí los mayores y más merecidos elogios á la ilustre memoria de Luis Altieri, Cardenal de la santa Iglesia romana y Obispo de Albano. Bien sabeis que nacido en la más alta condicion social, adornado de las más brillantes virtudes, revestido de los más altos cargos y de nuestro muy particular cariño, sin acordarse de sí mismo en el momento de saber que la horrible plaga del cólera habia invadido á Albano, inflamado por el fuego de la caridad, por el rebaño que se le habia confiado, voló á aquella ciudad, y sin temor al peligro y á la fatiga, y sin descansar noche y dia, no cesó un instante de ayudar, asistir y consolar á las desgraciadas víctimas de la epidemia, curándolos con sus propias manos, y llevando á los moribundos los auxilios espirituales, hasta el momento en que fué atacado por la horrible enfermedad, dando, como el buen pastor, su vida por sus ovejas. Su memoria será siempre bendita en los fastos de la Iglesia, apareciendo como una víctima de la caridad cristiana, y su dichosa muerte tendrá una gloria imperecedera, no solo para sí, sino tambien para la Iglesia, para vuestra nobilísima Orden, y para todo el Episcopado católico.

»Por esto, en medio del profundo dolor que hemos experimentado al saber la muerte de este Cardenal, hemos sido sostenido por tan gran consuelo, como cierta es la esperanza que tenemos de haber volado su alma á la Patria celestial, y que se halla en la alegría del Señor, y ofrece fervientes ruegos por Nos, por vosotros y por toda la Iglesia.

»Tambien tributamos merecidas alabanzas al clero secular y regular de Albano, que siguiendo el ejemplo de su Obispo, no ha cesado de llevar sus auxilios, y sobre todo, los de la religion á los enfermos y moribundos, sin cuidarse de su vida y llenos del más vivo celo.

Igualmente son muy dignas de todo encomio nuestras tropas de guarnicion en aquella ciudad, y lo mismo los gendarmes encargados de la seguridad pública y los zuavos, pues á todos se les ha visto desafiando los peligros, y dar un brillante ejemplo de caridad cristiana, por su abnegacion en enterrar los muertos.

»Finalmente, venerables hermanos, no cesemos de levantar nuestras almas á Dios Nuestro Señor, cuya misericordia y clemencia son infinitas para cuantos la invocan. Roguémosle y supliquémosle incesantemente, á fin de que, permaneciendo Nos con vosotros firme en el combate, y circundando la casa de Israel con fuerte baluarte, podamos sostener la causa de su Santa Iglesia, y hacer entren sus enemigos en el camino de la justicia y de la salvacion.»

Despues de la autorizada palabra del Sumo Pontífice, nada podemos añadir á los tres notables hechos que se refieren en este interesante documento. Usurpacion de los bienes de la Iglesia, calumnia á la Santa Sede Apostólica por los sucesos de Méjico, y justas alabanzas y merecidas á la memoria del Emmo. Cardenal Altieri, vivo ejemplo de Prelados, víctima de la caridad cristiana, y modelo del pastor que da la vida por sus ovejas. ¡A cuántas reflexiones se prestan estas ideas que abarca la alocucion del Padre comun de los fieles! Nos concretamos en esta parte de nuestro periódico á consignar hechos, que en su dia apreciará la historia y recuerdan la regla fija y segura de la Iglesia en todos tiempos. A la opresion responde con la humildad, á la calumnia con el perdon, y á todas las cosas con la Caridad.

J. PULIDO Y ESPINOSA.

SECCION BIOGRÁFICA.

EL ABATE MARCHENA.

(Continuacion.)

Buscó un asilo en el Mediodía de la Francia, y segun se ha visto anteriormente, los que se ensañaron allí contra los girondinos, no hicieron distincion entre él y Duchatel ó Riouffe.

Contar mis penas es contar las suyas, ha dicho este último, haciendo un verso, lo que le acontece muy á menudo en su prosa, y hubiera podido añadir, que contar la vida de Marchena era contar la suya propia. Existia, en efecto, entre sus talentos, sus caracteres y su existencia, tal analogía, que merece fijar la atencion de las mentes pensadoras.

Dotado, como Marchena, de un cierto genio poético, Riouffe habia sido coronado dos veces por la Academia francesa: la primera por un

elogio que habia hecho en verso del duque de Brunswick, y la otra por un poema sobre el segundo aniversario del nacimiento del gran Corneille.

Nacido en el Mediodía de la Francia, como Marchena habia nacido en el Mediodía de España, debió su primera educacion á un buen cura de aldea, y fué despues enviado á París para estudiar el Derecho. Igualmente que Marchena, partidario entusiasta de la revolucion en sus principios, y asustado como él al poco tiempo por los excesos que empezaban á deshonrarla, se habia arrojado en brazos de los girondinos, resuelto á morir por ellos y con ellos.

Más tarde, y como Marchena debia hacerlo tambien, se sirvió de los grandes conocimientos que habia adquirido en las lenguas modernas para escribir y publicar sus traducciones, y yo no sé por qué en sus memorias, supuesto que otras personas lo han contado, no nos hace el retrato de sí mismo, leyendo á sus compañeros de cautiverio su traduccion del Phédon, á la luz opaca de una lámpara.

Más tarde, en fin, enteramente desengañado de sus ilusiones republicanas, pero con la digna reserva del hombre honrado que reconoce sus errores sin pisotear los generosos sentimientos que les dieron origen, permitió que sus amigos le hiciesen ingresar en el Tribunalado, y fué uno de los prefectos del imperio.

Se sabe, por último, que murió intrépidamente en su puesto, víctima del tifus, que se ensañó en él, mientras cuidaba á los enfermos atacados por esta terrible epidemia.

Uno de sus amigos, que escribió su vida en mejores tiempos, asegura, que postrado en su lecho de muerte, invocaba con todo el fervor de su alma, y aun creia vislumbrar en lontananza la aurora de otra época, en la cual los hombres serian libres sin abusar de su libertad.

Nosotros veremos que del mismo modo Marchena no sintió ningun escrúpulo de inclinar la cerviz ante un dueño, y que no creyó haber comprado excesivamente caro el permiso de volver á entrar en España, sirviendo primero á Murat y luego al rey José, solo que no tuvo la honrosa muerte de Riouffe.

Para completar el paralelo entre estos dos personajes, debemos añadir que Marchena era como Riouffe, de baja estatura, y que tenia esa viveza en el modo de replicar, que suele ser la cualidad y la defensa de los hombres pequeños.

Los historiadores de la revolucion no los separan nunca, y Mr. Thiers, que en su libro les ha hecho á ambos el honor de nombrarlos, los nombró el uno al lado del otro, diciendo con respecto á Marchena: *Marchena, joven*

español que había venido á buscar la libertad en Francia.

Pero volvamos atrás. Cuando Riouffe llega en su relato á la época en la cual fué sepultado en la Conserjería, cesa repentinamente de hablar del español, y casi podría creerse que habían sido colocados en dos calabozos distintos, si en una escena grotesca, que la cárcel también tiene sus ridiculeces, no se le viese aparecer de nuevo. En este momento, Marchena se moría.

Riouffe, que tenía sus ideas, cuenta que en aquella prisión, de donde la desgracia común hubiera debido desterrar las chanzas, el número 13, que era el número que él ocupaba con otra multitud de personas, había tomado por objeto de sus burlas á un pobre viejo benedictino, quien conducido por la casualidad en medio de aquel círculo de incrédulos, había llevado á él todo el candor de su fé.

Prefiero que el mismo Riouffe nos cuente la anécdota, pues de este modo la inocente víctima aparecerá más digna de respeto:

«Teníamos en nuestro calabozo, dice, á un buen benedictino, que estaba siempre con las manos cruzadas sobre el pecho, como nos pintan á San Benito, lleno de fé la más ardiente, y deseoso de hacer prosélitos entre nosotros. El amable Du Corneau, joven bordelés, lleno de genio, de talento y de alegría, que fué asesinado después por federalismo, era el diablo de este nuevo San Antonio: tan pronto le robaba su breviario, y San Antonio se veía obligado á correr tras él con el palo de la escoba, tan pronto le apagaba la bujía; algunas veces mezclaba á sus salmos el estribillo de una canción alegre, y le daba, en fin, tantos chascos como tentaciones había hecho experimentar Satanás á San Antonio.

«El buen hombre no perdía el ánimo por esto: siempre alerta y siempre rezando, tenía fijos los ojos al mismo tiempo sobre su breviario y sobre Du Corneau, el cual, tuerto, pequeño, moreno y de una fisonomía llena de malicia, correspondía perfectamente á la idea que tenemos formada de un diablillo, mientras el otro tenía el aire de un bienaventurado combatiendo con él.

«El monje ofrecía sus sufrimientos á Dios, y llevaba sus penas con tanta más paciencia, cuanto esperaba que al fin y al cabo lograría convertir á alguno con su santo ejemplo. Para responder á sus eternos sermones, y cansados ya de discutir con él, imaginamos elevar un altar en contraposición á su altar. En breve tuvimos un culto, himnos y cantos. Entonces sí que el santo hombre desesperó de nuestra salvación. A pesar de esto, miraba de soslayo á algunos de entre nosotros, los que le parecían más fáciles de atacar y convertir; pero al ver que nos afiliábamos todos bajo las bande-

ras de Ibrascha, que era el nombre que habíamos dado á nuestro dios, perdió al fin las esperanzas.»

Detengámonos aquí un momento. Riouffe querria, sin duda, que no se tomase por lo serio su dios Ibrascha; pero para esto era preciso que se limitase á una simple nota, apenas necesaria, y no imprimiese al final de sus memorias la Thésgonia del nuevo Dios y las máximas del nuevo culto, haciéndolas preceder de la siguiente reflexión: «Después de todo, esta religion equivale á cualquiera otra, y no parecerá enteramente pueril mas que á los entendimientos superficiales.»

Sí, en verdad, esta religion equivale á cualquiera otra, á la del honrado Laréveillère, por ejemplo, y quién sabe si los lauros que éste había alcanzado fueron los que inflamaron la imaginación de Riouffe. Riouffe, que había sido sin duda el Moisés de aquel nuevo Sinaí, no quiso perder el fruto de su pequeño trabajo, y lo dedicó modestamente á la posteridad.

Con esto, sin saberlo siquiera, demostraba una vez más cuán necesaria le es al hombre la religion, pues para burlarse de la que había olvidado, no hallaba nada que fuese tan ingenioso como inventar otra nueva. Y en verdad, no sé por qué alguno de los filósofos de nuestros días no la ha tomado ya hecha de sus manos. Quitadla, en efecto, las formas orientales del lenguaje, y no halló razón para que se atormenten buscando otra mejor. Excepto lo sobrenatural, encuéntrase en ella cuanto los deístas de entonces se dignaban conservar de las pasadas creencias; es decir, una mezcla bastante concreta y no mal forjada de las ideas de Sócrates y de las máximas de la Enciclopedia, con algunos tibios effluvios del sentimentalismo de Rousseau.

Pero ¿qué conexión tiene Marchena con todo esto? preguntarán sin duda los lectores.

Paciencia, ya lo encontraremos: continúo.

«Lo que acabó de destrozar su corazón, (se trata todavía del benedictino), fué la siguiente aventura. El español en esta época, estaba agonizando, y el monje daba vueltas en torno suyo, como en torno de una presa querida y codiciada. ¡Qué felicidad para él, si hubiese podido volver á un español al regazo de la iglesia! ¡Pero el español moribundo reúne sus fuerzas y grita: ¡viva Ibrascha! ¡Pobre Marchena! pues érais vos mismo, ¡hubiérais gritado tan fuerte si hubiérais creído que vuestra anciana madre podía oiros? ¡Ah! ¡los atolondrados recursos en ese número trece eran sin duda muy ingeniosos, y no podía hallarse, en efecto, persona más agradable que ese travieso Du Corneau! ¡Es imposible bromear al pie del patíbulo con más estóica y alegre indiferencia.

«Y sin embargo, cuando recuerdo aquella prisión, confieso que me indigno al escuchar todas aquellas locuras, y que olvidando hasta al mismo moribundo, siento vehementes deseos de postrarme ante la venerable y dulce figura de ese benedictino, cuyo nombre ignoro.

«En la alegría de los otros, hay algo de ese heroísmo que los franceses despliegan naturalmente sobre el campo de batalla; pero me parece que allí el verdadero héroe es ese hombre bondadoso, que fiel á sus creencias y á su misión de sacerdote, no solamente olvida el cadalso que á él no le olvidará, sino que insiste en recordar que esos jóvenes locos tienen un alma, y queriendo salvarla á toda costa, desafia hasta el ridículo, más terrible que el verdugo.»

He aquí lo que Riouffe hubiera debido comprender y sentir; he aquí lo que Marchena debía sin duda sentir y comprender á medias; á lo ménos se puede sospechar que fuese así, viendo al monje dar vueltas en torno de él, como afirma el primero.

El piadoso sacerdote debía creer que el español había guardado en el fondo de su corazón algo de la fé ardiente de sus padres, ó quizás creía que siendo extranjero y estando lejos de su patria, tenía más derecho que otro alguno á los cuidados de su caridad paciente y bienhechora.

El mismo Riouffe no resistió hasta al fin á los encantos de este adorable candor, y añade:

«El pobre Benedictino fingía dormir en el momento en que empezábamos nuestra misa, pero no podía contenerse durante mucho tiempo. Así que nuestro gran chantre entonaba su cántico, el monje, furioso, se levantaba de repente, y cantaba gritando con todas sus fuerzas el *De profundis*; pero su voz débil y cascada no podía cubrir las voces robustas y sonoras de los dos jóvenes cantores que nosotros teníamos, Bailleul y Mathieu. Entonces, desesperado, nos predicaba y reprendía, trataba á nuestro Dios de impostor, y sostenía que podía y estaba dispuesto á probárnoslo.

(Se continuará.)

SECCION MONUMENTAL.

LA CATEDRAL DE CANTORBERY.

Pasando un día por el mercado de Roma San Gregorio Magno, que solo era diácono á la sazón, vió con dolor puestos en venta unos esclavos ingleses! ¡Qué lástima, exclamó, que unos jóvenes bellos como ángeles estén aun bajo el poder del demonio! E inflamado de santo celo por la conversión de los pueblos de la Gran Bretaña, hubo de suplicar al Papa Benito tuviera á bien enviar operarios evangé-

cos á aquellas lejanas islas. El mismo San Gregorio se aprestó á conducir la mision, pero fué detenido por el pueblo romano, y poco despues, y á pesar de su humilde resistencia, se sentó en la silla de San Pedro.

No podia el nuevo Pontífice olvidar un designio en cuya ejecucion habia puesto tanto ardor, y en 596 envió á Inglaterra al monje Agustin, prior del monasterio de San Andrés en Monte Celis. Despues de atravesar las Galias, deteniéndose algunos dias en Tours, cerca de Pelagio, para quien llevaba recomendacion, el monge Agustin llegó dichosamente á las playas de Inglaterra, país que estaba entonces dividido en varios reinos sumidos en la idolatría.

Ethelbert, rey de Kent, acogió en su gracia al enviado del Pontífice, y muy luego recibió el bautismo. Entonces empezó en Inglaterra una nueva civilizacion.

Agustin volvió á Francia, donde fué consagrado obispo, y de retorno á Inglaterra edificó una iglesia en Cantorbery dedicándola al Salvador. Tal fué el origen de la ilustre metrópoli que ha tenido siempre la primacia entre todas las iglesias de Inglaterra. El Papa concedió muchos privilegios al primer obispo de Cantorbery, enviándole el pálio, insignia de la jurisdiccion metropolitana, y dándole la potestad de instituir Obispos en York, Lóndres y otras capitales.

Despues de muchos años de prosperidad, la metropolitana de Cantorbery cayó bajo los golpes de los bárbaros. Los daneses hubieron de invadir varias veces el territorio y la ciudad, dejando solo ruinas como señales de su paso, y el edificio fué maltratado de tal modo, que los Arzobispos se vieron en la necesidad de abandonarlo. Cubierto de yerbas y espinos estaba el santuario en 938, cuando lo restauró San Odon, triunfando de infinitas dificultades.

Pero en 1012 vinieron de nuevo los daneses á traer la desolacion. El Arzobispo San Elphegio salió solo al encuentro de los bárbaros por ver de conjurar el mal, pero murió apedreado como el Protomártir.

Casi destruido el edificio por las llamas, permaneció en tan triste estado hasta 1017,

bajo el reinado de Canut, que secundó espléndidamente los piadosos esfuerzos del Arzobispo Living y su sucesor Ethelnoth.

En 1067 fué otra vez pasto de las llamas la catedral de Cantorbery, y otra vez reedificada en mayores proporciones y segun un nuevo estilo de arquitectura, por el célebre Lanfranc, promovido á la silla Arzobispal en 1070. Pero á pesar de la impulsión dada á las obras, la fábrica no estaba concluida á la muerte de este ilustre Prelado, célebre por su virtud, ciencia y servicios religiosos y políticos.

Los trabajos continuaron en tiempo de San Anselmo, que desde la abadía de Bec subió á la silla catedral de Cantorbery, y fueron la admiracion de los contemporáneos. En 1114 fué consagrada la nueva Basílica cinco años des-

godecanciller del reino, y fué, en fin, elevado á la dignidad de Arzobispo en 1162.

Tomás no permaneció mucho tiempo en gracia del rey Enrique II, quien en su insaciable sed de oro dejaba los Obispados vacantes, á fin de percibir sus rentas. Tomás reclamó enérgicamente, y de aquí las violencias que obligaron al santo Prelado á refugiarse en Francia.

En 1170 el rey y el Prelado se reconciliaron; pero no bien hubo éste ocupado su silla, cuando se renovó más fuertemente la lucha. «¡Es posible, dijo el rey en un acceso de cólera, que ninguno de mis favorecidos me venga de este clérigo!» La insinuacion hizo su efecto, y cuatro caballeros de su corte salieron luego á cumplir los deseos de su amo.

Al poco tiempo caía en su misma iglesia,

bajo los golpes de los asesinos caballeros, el ilustre y virtuoso Tomás.

La noticia de este horrible crimen consternó todas las conciencias, y hasta el mismo rey se sometió á dura penitencia. La Catedral de Cantorbery permaneció cerrada un año entero, se suspendió el Oficio Divino, quedaron mudas las campanas, velado el Crucifijo, cubierto de espinas el pavimento, y todo ofrecia el aspecto de la más triste desolacion.

El duelo cesó en 1171, y en 1173 inscribió Alejandro III en el catálogo de los Santos el nombre de Tomás de Cantorbery, instituyendo una festividad en su honra y conmemoracion.

En 1174, el coro y las capillas de esta iglesia sufrieron otra vez los estragos del incendio, reedificándose, aunque no del todo, entre 1175 y 1180, bajo la direccion del arquitecto Guillermo de Lens y de otro Guillermo de patria desconocida. La arquitectura sufría entonces en Francia una transformacion notable, cuyos elementos fueron trasportados á Inglaterra á fines del siglo XII, lo mismo que el bello estilo romano-bizantino habia sido introducido por los normandos á mediados del siglo precedente. Las causas del entredicho y excomunion de Juan Sintierra, impidieron la continuacion de los trabajos comenzados en dicho periodo.



CATEDRAL DE CANTORBERY.

pues de la muerte de San Anselmo, por su digno sucesor el Arzobispo Raoul, que la dedicó otra vez al Salvador. El monje Gervasio, en su historia de los Arzobispos de Cantorbery, nos ha dejado una minuciosa descripcion de este monumento, que nos revela claramente que los monjes historiadores estaban educados en la misma escuela que los monjes arquitectos, y que así los unos como los otros eran capaces de sentir y juzgar las obras de arte (1). Gervasio se extasia ante la magnificencia del coro, y no se olvida de alabar la liberalidad del rey Enrique, que hizo grandes desembolsos para esta iglesia.

En el momento de esta consagracion, Tomás Becket nacia en Lóndres. Siendo arcediano de la iglesia de Cantorbery, obtuvo el car-

(1) Hist. Anglican. Scriptor., tomo 10.

En 1240, la iglesia de Cantorbery vió otro de sus Pontífices en el número de los santos. Edmundo de Abington, que abrumado de dolor por su lucha constante con la potestad civil, se condenó á un destierro voluntario en la Abadía de Pontigny, donde reposan sus cenizas.

El Arzobispo Peckam se consagró con todo su celo al embellecimiento de su iglesia; á él y al Prior Eastrý se debe la verja del coro, obra maestra de gusto y paciencia. Este admirable trabajo pertenece á fines del siglo XIII, y hace honor al cincel inglés.

El Canciller Renolds, en 1313, añadió muchas construcciones accesorias al monumento, que habia tomado entonces nobles proporciones. Pero el Arzobispo Sadbury, en 1376, proyectó reedificar la nave al estilo ojivo, que dominaba en las otras partes del edificio, y que habia de dar al conjunto un carácter de unidad, sin el que es incompleta toda obra de arte. La obra era digna de su genio audaz y aun aventurero, y fué comenzada con ardor; pero muy luego sucumbió el canciller, víctima de las violentas conmociones que ensangrentaron el reino de Ricardo II.

Confiada la obra á dignas manos, bellas construcciones de grandioso estilo, bastan para inmortalizar los nombres de Courtenay, Arandel y Chichely en la historia de la insigne iglesia de Cantorbery.

En 1430, la torre meridional de la fachada principal estaba terminada. El Prior Molash hizo poner en ella la bella campana Dunstan, que dió su nombre á esta torre. En el lado opuesto se eleva la torre Arundel, que se arruinó posteriormente. Poco despues fué construida y ornada con toda magnificencia la capilla de la Virgen. La torre central de imponente aspecto, con sus cuatro torretas en los ángulos, fué obra del Cardenal Morton, Arzobispo de Cantorbery, Prelado de gran talento, que sentia el arte y tenia nociones no comunes de arquitectura.

En esta época la Catedral de Cantorbery es por su gran mérito artístico una obra maestra, y por su importancia la metrópoli de toda Inglaterra. Pero muy luego se hacen sentir los gritos de la reforma, y con pretexto de reformar, se trae á esta iglesia la ruina. Para colmo de horror, la catedral de Agustin, de Dunstan, de Elphegio, de Anselmo, de Lanfranc, de Tomás y tantos otros ilustres Prelados, fué transformada últimamente en cuartel. Esta profanacion fué cometida en 1643 por Ricardo Culmer, *ministro de la palabra de Dios*.

Entrando ahora en la Catedral, puede admirarse aun su belleza y regularidad. El tra-

zado forma una cruz arzobispal; la longitud total del edificio, es de 154 metros; la anchura de la nave, de 20; la torre central, no tiene menos de 72 metros de altura. La cripta, que es una de las más curiosas de Inglaterra, mide 70 metros de longitud, por 25 de latitud.

El exterior de este edificio no es menos imponente que el interior. La fachada, con sus dos altas torres, es de un efecto muy pintoresco. Pero nada es comparable á la perspectiva que ofrece el flanco del edificio por la parte del Mediodía.

Este edificio estaba en otro tiempo rodeado de muros, cuyas bellas ruinas subsisten todavía. A la sombra de estos muros seculares, lucharon fuertes y celosos Prelados contra los



MAGDALENA Y ROBOAN.

desmanes del poder civil. Cuando en nombre de la libertad y de la pretendida reforma, todo se desordenó, y vino á sentarse Craumer en la silla de Agustin, no habia ya libertades eclesiásticas que defender; habiendo caído en el cisma, y en la heregía la Iglesia anglicana fué reducida á la humillacion de no ser otra cosa que un ramo de administracion civil.

VARIEDADES.

Copiamos á continuacion uno de los capítulos de la novela bíblica *María Magdalena*, á fin de dar á conocer á nuestros lectores la índole de esta obra, la cual empezaremos á publicar á la mayor brevedad.

La lámina que acompaña á este número, y que representa á Roboam y Magdalena, no pertenece á dicha obra, pues está hecha expresamente para EL MUSEO CATÓLICO.

CAPÍTULO X.

La vuelta de Magdalena á la casa paterna.

Una mujer subia la escalera al bajar Magdalena y su antigua criada.

La mujer pasó por su lado sin fijar la atencion en ellas.

Magdalena se detuvo, y la llamó:

—¡Marta!

La mujer volvió la cabeza, y exclamó:

—¡María!

Las dos hermanas se arrojaron una en brazos de otra, llorando y sollozando.

Marcela contemplaba la escena con lágrimas en los ojos.

Despues de algunos instantes, Marta se desprendió suavemente de los brazos de su hermana, y le dijo:

—¿Pero qué es esto? ¿Qué significa ese traje tosco y grosero que vistes?

—Fácilmente comprenderás en breves palabras, que luego te diga, lo que esto significa. Ahora, dime tú: ¿qué es de mi hermano?

—Impulsada por él vengo á la ciudad.

—¿Y á buscarme á mí tal vez?

—Tú lo adivinas.

María exclamó entonces:

—¡Ah! ¡Lázaro, hermano mio, presto te estrechará contra tu corazón tu hermana María!

—¿Qué dices? profirió Marta.

—Para volver á vuestra casa y no dejarla jamás, salgo de esta en que he vivido todo ese tiempo, y cuyos umbrales no tocarán ya nunca mis plantas.

Marta podia apenas volver en sí de su sorpresa, y su corazón rebosaba de felicidad.

—Vamos, vamos, hermana mia, profirió Magdalena.

Y las tres mujeres salieron de la casa, para tomar el camino de Betania.

Antes de salir de la ciudad, Magdalena observó:

—Yo necesito todavía detenerme aquí algunos momentos.

—¿Por qué? preguntó su hermana.

—Porque he de entregar una suma de dinero que lleva Marcela en esa bolsa.

En este momento pasó por la calle un judío, al que Magdalena quedó mirando por breve espacio, corriendo luego hacia él, y llamándole:

—¡Buen hombre!

El judío andaba algo de prisa, y no oyó la

voz de Magdalena, ó bien, si la oyó, no se figuró que iba á él dirigida, por cuanto siguió sin interrumpirse su rápida marcha.

Pero María anduvo tras él algunos pasos más, y cuando estuvo más cerca, le llamó otra vez con esta palabra:

—¡Hermano!

El judío se detuvo, y volvió el rostro.

Marta y Marcela estaban paradas á corta distancia.

María dijo al judío:

—Sin duda eres tú el hombre que he creído, cuando vuelves el rostro y te detienes á la palabra que te he dirigido.

—Tú dirás á quién buscas.

—A un discípulo de Jesús, y tú me lo has parecido, porque creo recordar haberte visto con él.

—En verdad, yo pertenezco á su compañía.

—Entonces, espera.

Magdalena corrió adonde estaba su criada, tomó la bolsa, y volvió al judío:

—Toma este dinero y entrégalo al Maestro, que yo lo he recogido para él.

El judío recibió la bolsa, y profirió con humildísimo acento:

—El Señor Dios acepte tu ofrenda como yo la acepto en nombre del Maestro, su Hijo y su Enviado, y premie con su gracia tu virtud.

Dicho esto, el Apóstol continuó su camino, y María volvió adonde estaba Marcela y su hermana.

La criada le preguntó:

—¿No dijiste que ese dinero era para entregarlo á Jesús?

—Sí.

—¿Y es ese el Maestro?

—Nó; pero para eso da lo mismo, porque es uno de sus discípulos.

—¿Estás segura de que no te has engañado?

—Nó, porque yo recuerdo muy bien haberle visto con él.

—Así sea, repuso Marta; pero me parece que la cara de ese hombre no es de ser discípulo de Jesús.

El Apóstol se llamaba Judas.

Las tres mujeres prosiguieron su camino hácia la aldea de Betania.

Desde la desaparición de Magdalena, no habia habido en la casa de Lázaro un instante de alegría para él ni para Marta, ni un solo día en que no se derramaran lágrimas por su ausencia y triste suerte.

Todos los defectos de la hermana menor no habian bastado á disminuir en un ápice el cariño que la tenían, y al abandonar Magdalena su casa, se llevó todo el sosiego de sus hermanos.

Por segunda vez, después de haber intentado mil otros medios, enviaba el desconsolado Lázaro á Marta á la ciudad, á fin de que ex-

hortara de nuevo á Magdalena que procurara vencer su inclinación á la vida que llevaba, y consiguiera volverla al seno de su familia.

Pero esta vez Lázaro obraba ya más por deber que movido por la esperanza de un feliz resultado.

Enfermo en el lecho, incorporado sobre dos almohadas, con la cara triste, los ojos llorosos y la cabeza caída sobre el pecho, esperaba el virtuoso hijo de Cyr la vuelta de Marta, sola, como habia ido á la ciudad.

Al presentarse María en el aposento de Lázaro, éste lanzó un grito, extendió los brazos, y Magdalena se precipitó en ellos.

—Gracias, Señor, exclamó Lázaro después de un instante, elevando los ojos al cielo, que me devuelves á mi amada hermana.

—Que viene á tí, Lázaro, profirió Magdalena, para pedirte el perdón de sus faltas contigo y reconocer tu autoridad, que recibiste de mi padre. Yo un día desconocí esa autoridad en tí, quise ser libre en mi pensamiento y en mi persona, y dueña de la parte de bienes que me tocó en herencia de lo que dejó mi padre. Yo desconocí su última voluntad, huyendo de esta casa, y mancillé su nombre venerado con la disipación de mi vida en la ciudad. Reconozco estas culpas mías, Lázaro, yo pido perdón por ellas á mi padre postrándome delante de tí, á quien legó su representación en su casa y su familia.

—Y yo en su nombre te perdono, María, y al abrirte las puertas de esta casa, te abro mis brazos y mi corazón, que nunca para tí estuvo cerrado.

Lágrimas de purísimo gozo bañaron las mejillas de María, de Lázaro y de Marta, cuyo espíritu se confundió entonces en el mismo sentimiento.

Los males que Lázaro sufría reconocían una causa más bien moral que física. Esta causa estaba en la conducta de Magdalena.

Pero la causa cesó, y el efecto habia de cesar también.

Aquel mismo día era Lázaro otro hombre. Su cuerpo cobró fuerzas de repente, alentado por el contento del alma.

Tan cierto es que las enfermedades corporales reconocen las más de las veces motivos puramente morales.

Cuidada la parte moral de un individuo, es casi segura la salud constante de la parte física.

Magdalena experimentó asimismo, al volver á verse en el seno de su familia y reconciliada con sus hermanos, un gozo suavísimo y grande, que no podia compararse con el placer nervioso de la más lisongera de las sociedades que acababa de abandonar.

Al levantar la vista al honrado techo bajo el cual habia nacido, al recorrer los sitios tes-

tigos de los juegos de su niñez, al ponerse á la mesa y recordar, mirando la figura de su hermano, lo venerable de su virtuoso padre, representado por Lázaro en su nombre y en sus virtudes, el corazón de María se ensanchaba, respirando con una libertad que ya le era desconocida, y sus ojos se humedecían con dulces lágrimas, que hacía brotar suavemente la ternura del alma.

Con este gozo, que podia llamarse infantil, porque era producido por el recuerdo de las impresiones de la niñez, que no se borran nunca de la mente de las criaturas, Magdalena recorría también su frondoso huerto, buscando las mismas flores que en otro tiempo formaron su mayor delicia.

Pero aquellas flores ya no existían.

Las plantas de que brotaban, ó no eran las mismas, ó si pertenecían á la propia especie, estaban en otros sitios y en orden distinto.

Para Magdalena no eran las mismas plantas ni las mismas flores.

—¡Ay! exclamó con dolor profundo; aquellas se marchitaron, y el viento de la borrasca arrebató sus hojas secas, como se marchitó la flor de la inocencia mía, que se deshojó, arrollada por el torbellino de mi vida.

Esta reflexión se hizo Magdalena, y de sus ojos brotaron gruesas y amargas lágrimas, que rodaron pesadas por sus mejillas, como las lágrimas que el dolor verdadero y profundo arranca lentamente del fondo del corazón.

Pero aquellas plantas tenían otras flores; sus troncos habian perdido las que viera un tiempo Magdalena, pero otras nuevas habian brotado en ellos al calor de otro nuevo sol.

El corazón de Magdalena habia perdido la flor de la inocencia, que murió la triste noche en que habia vivido su alma; pero una nueva aurora siguió á esa noche de oscuridad, los rayos de un nuevo sol tuvieron de rosa su horizonte. María levantó los ojos al cielo, la brillante luz del astro divino los hirió de lleno, y á su calor fecundo brotó en su pecho la flor del arrepentimiento, para vivir lo que su propia vida, regada constantemente por su llanto.

Como miraba en otro tiempo con delicia las flores que murieron con su inocencia, contemplaba María con amor las nuevas flores que nacían con su arrepentimiento.

Sin sentirse tan alegre, pero sí tranquila y serena, recorría Magdalena su huerto, cuando de repente se detuvo en un sitio, quedando inmóvil en él como un estátua de piedra.

Aquel sitio era el mismo en que habia estado con Roboam la noche de su primera falta.

Las ramas de jazmín que caían sobre el rústico asiento, no habian vuelto á brotar aquellas sus flores de purísima blancura, y

ménos candidas que lo era la frente de María.

A pocos pasos, y como perenne y elocuente testigo de aquella escena, se levantaba la palmera desgajada por el rayo que cayó en ella en aquel momento, inolvidable para María.

Sobrecogida por semejante recuerdo Magdalena, permaneció inmóvil y muda en aquel sitio durante algunos momentos: luego se postro en la tierra que besó repetidas veces, y sus labios murmuraron una oración.

El nombre de su primer amante, arrastrado por su liviandad á tan triste fin, se mezclaba en sus preces, pidiendo reposo para él, y pronunciaba á menudo el nombre de Jesús, su único consuelo, fortaleza en la senda de la virtud, y luz de la esperanza de su alma.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

POR

DON CARLOS FRONTAURA.

(Continuacion.)

Y Juan se arrodilló y oró fervorosamente, pidiendo á Dios que alejase de la mente de Andrés los viles pensamientos que le atormentaban. Andrés le imitó, arrodillándose tambien, y quiso murmurar una oración; pero el demonio de la envidia que de él se habia apoderado, no le permitió recordar ninguna de las que le enseñó en los tiempos de su infancia el santo sacerdote de la aldea.

Y emprendieron su camino.

Juan y Andrés llevaban algun dinero; Andrés lo economizaba por avaricia, Juan lo economizaba porque aquel dinero era para su pobre padre, que, á instancias suyas, habia dado seis años á las pobres víctimas de un incendio el trigo que tenia en su granero.—Habian decidido, que siendo, como era, el tiempo muy apacible, dormirian en el campo, velando el uno mientras reposase el otro.

Y así lo hicieron, cuando ya muy entrada la noche sintieron la necesidad de dar algun descanso al cuerpo.

Juan veló el sueño de Andrés, sueño intranquilo y doloroso,—que no puede dormir sosegado el hombre poseído de mezquinas pasiones.

Andrés veló el sueño de Juan, que durmió al lado de su enemigo, á quien habia oido jurar su muerte, tan tranquilamente como en su propio lecho y en su propia casa, como si estuviera al lado de su mismo padre.—Tal era la confianza que le inspiraba á Juan la misericordia de Dios.

Horrible lucha entablaron, durante el sueño de Juan, en el espíritu de Andrés la envi-

dia, el miedo y la codicia,—que tambien se le ocurrió robarle el dinero que llevaba.

Era aquel un contraste notable.—Algunos meses ántes, en una noche horrible, Juan buscaba con amoroso afán, y lleno el corazón de angustia y temor, á su amigo Andrés, y le salvaba la vida, y en otra noche serena y apacible, en la que la naturaleza ostentaba toda su belleza, y ea la que, en vez del estertor de los moribundos y el pavoroso graznido de las aves de rapiña, y el alerta de los centinelas, se oía el grato rumor de las hojas de los árboles suavemente agitadas por la brisa, y el tierno y misterioso canto de las aves inofensivas, y las inexplicables dulcísimas armonías de las noches de Primavera. Andrés pensaba sorprender á su amigo y protector dormido, y arrancarle la vida generosa, y añadir al crimen del asesino el del ladrón cobarde, y el más horrible y repugnante, el de la ingratitud.

—Se casará con ella, decía Andrés, y ella y él se reirán de mí, que viviré solo, sin nadie que me quiera, condenado al suplicio de ver su felicidad.

Instintivamente sacó del cinto una navaja que habia comprado algunos días ántes; pero al mismo tiempo vió alzarse enfrente de él una sombra, una nube blanca, que tenia la figura de una persona envuelta en un sudario, y la navaja se le cayó de las manos, y se deslizó por la cuestecita en cuya cima se hallaba, y sonó al caer en el agua de un arroyo que al pié de la cuesta habia.

Volvió á mirar, y no habia nada; la sombra, ó habia sido una ilusion de su mente, ó habia desaparecido.

—Es imposible, volvió á pensar, que yo vea, sin morir de rabia y desesperacion, la felicidad de Juan y Teresa. Ella no me quiere, no me querrá aunque Juan no existiera; pero yo no quiero que quiera á Juan ni á nadie.... Y si Juan no va, no querrá á nadie, y no se casará, de fijo que no se casará.... y yo me habré vengado de ella y de él, y ya no sentiré este terrible tormento, este fuego que me abrasa el corazón y la cabeza.... Concluyamos de una vez.

Buscó la navaja, y no la halló; miró al arroyo, y allí la vió brillar, y le pareció como que estaba sostenida en el agua con la punta en direccion de su pecho; á su lado habia una piedra, con la que podia aplastar la cabeza de Juan; volvióse á mirar á éste, y luego fué á coger la piedra, pero sobre la piedra se alzaba imponente el mismo aterrador fantasma, que ántes le habia parecido ilusion de su mente.

Andrés dió un grito de espanto, y cayó, hiriéndose el rostro, en la misma piedra.

Al grito de Andrés despertó Juan sobresaltado, temiendo alguna sorpresa.

—¿Qué es eso, Andrés?—¿Qué ha sucedido?...

Andrés no contestaba, porque el pavor y la herida le habian hecho perder el conocimiento.

Gracias á los cuidados de Juan, volvió en sí; al ver la herida de Andrés, supuso Juan que habria quedado dormido y caído al hacer algun movimiento, ó que el miedo le habria fingido cualquier fantasma, que no sería otra cosa que la sombra de algun árbol.

Bajó la cuestecita con objeto de tomar del arroyo agua con que lavar la herida de Andrés, y al meter la mano en el arroyo, que era muy poco profundo, dió con la navaja abierta de Andrés.

Juan no podia adivinar lo que habia pasado, pero aquella arma en el arroyo era un indicio de que Andrés habia querido servirse de ella.

Cogió la navaja, la cerró, y dirigiéndose á su compañero, lavó cuidadosamente la herida, que era muy leve, y le presentó la navaja, diciéndole:

—Toma, se te habrá caído del bolsillo.

Andrés tomó temblando la navaja, y ambos volvieron á ponerse en camino, porque ya la aurora comenzaba á iluminar el horizonte.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

EL HUMO DE LA CABAÑA (1).

Me pides, bella condesa,
que te explique el humo leve
que sale de esa cabaña
y en la atmósfera se pierde....
No ignoras que cada uno,
según su ilusion, entiende
los hechizos inefables
que cielos y tierra ofrecen....

Al ver en graciosos giros
flotar la columna tenue
que en el aire con que juega
esbelta y gentil se mece,
para el artista ese humo
es un risueño accidente
del paisaje que retrata
con sus mágicos pinceles:
para el poeta, que sueña
con la ventura campestre,
del sosiego de estos valles
es la imagen inocente.
Yo, ni artista ni poeta,
en su silencio elocuente
miro un bello y triste emblema
de la condicion terrestre....

El aura que en la floresta
las ramas halaga y mueve,
y con invisibles alas
riza la mansa corriente,

(1) Escrito á ruego de la señora condesa de Benazuza, y recitado en la ría de Deva. (Agosto de 1867.)

al cielo lleva el aroma
que de la flor se desprende.
Las lágrimas del rocío,
del sol al influjo ardiente,
buscando espacios divinos
fugaces se desvanecen.
Del suelo, en vapor, se alzarón
esas nubes transparentes
que con formas peregrinas
la azul atmósfera hienden.
Mas no vive este alto impulso
solo en la materia inerte;
lágrimas, nubes y aromas
hay en las almas dolientes
que, huyendo la tierra, suben
á las esferas celestes.
Los ensueños de la infancia,
del amor las dichas breves,
de la gloria las quimeras,
de las artes los laureles,
la dulce quietud que infunde
en el pecho y en la mente,
esta atmósfera apacible
que el sol alumbró y no enciende;
hasta el eco misterioso (2)
que aquí repite imprudente
palabras tiernas que un alma
dice á otra alma solamente....
¡ah! cuanto hay bello en la tierra,
cuanto la vida ennoblece,
cuanto embelesa las almas
con purísimos deleites,
es como el humo que al cielo
desde esa cabaña asciende.
En ignoradas regiones
parece que va á perderse;
más no se pierde, lo guardan
de Dios las eternas leyes:
lo que es de origen divino
no puede morir, no muere.
Centro inmortal en el cielo,

(2) Eco notable de la ría de Deva.

cuanto al hombre hechiza tiene:
lo que es bello, bueno ó grande,
allí nace y allí vuelve.

L. A. DE CUETO.

MISCELÁNEA.

En Roma reina la más completa tranquilidad. Algunos perturbadores lograron penetrar en territorio romano; pero las tropas pontificias lograron batirlos y dispersarlos. Todos los pueblos han tomado la actitud más dispuesta para no consentir se traspasen las fronteras de los Estados del Papa.

El día 3 fué detenido otra vez Garibaldi en Liorina y conducido á Caprera; donde queda guardado á vista de un buque del Estado, según nos dicen de Florencia.

La Unidad Católica del 29 de Setiembre último, trae un magnífico artículo acerca de la codicia por los bienes eclesiásticos, recordando aquella magnífica sentencia, que se repitió en el Concilio de Trento, del Apóstol San Pablo á los de Efeso: *radix omnium malorum cupiditas*. La raíz de todos los males, es la codicia: de ella nacen todos los males que se lamentan en Italia, queriendo apoderarse de los bienes de la Iglesia, adquiridos por tan sagrados y justos títulos.

Se halla muy adelantada la beatificación del venerable P. Fr. Diego José de Cádiz. Sobre los grandes dones de este varón Apostólico, de virtud heroica, de humildad profunda, de espíritu profético, resaltan en su vida prodigios extraordinarios, no solo debidos á la eficacia de su palabra, sino á hechos comprobados en su causa de beatificación de sanar enfermos y hasta volver á la vida á algunos ya desahuciados de los remedios científicos. Tendremos al corriente á nuestros lectores de cuanto sepamos de este venerable Apóstol de la Andalucía.

Creemos dignas de reproducirse algunas de las buenas octavas que se contienen en la composición siguiente, dedicada al insigne poeta D. José Zorrilla, por una señorita de la Coruña:

Dios es la poesía: Dios la ciencia.
Dios es el genio que al poeta inspira,
Dios con su oculta y mágica presencia
hace vibrar las cuerdas de la lira;
Dios nos dotó de rica inteligencia,
sublime ser, que en nuestro ser respira,
y por aroma concedió al talento
la purísima flor del sentimiento.

Dios es la Fé. La inspiración hermosa
brota de su mirada sacrosanta;
Dios, con su voz suave y melodiosa,
dice al oído del poeta, «canta;»

y de emoción entonces misteriosa
al impulso su pecho se levanta,
y el corazón que late en aquel pecho
apenas cabe en su recinto estrecho.

Dios es la Fé. Sin Dios no hay armonía,
ni esperanza, ni esencia, ni colores,
ni paz, ni amor, ni bienestar, ni día,
ni juventud, ni cánticos, ni flores:
que no existe sin El la poesía,
El da voz á los pájaros cantores,
y al poeta también: que el Rey del mundo,
es de la inspiración raudal fecundo.

Y es del poeta la misión sagrada
ensalzar á ese Dios omnipotente,
y elevar á su cénica morada
el alma henchida de entusiasmo ardiente,
que con divina luz iluminada,
es por Dios mismo su ardorosa frente,
y bendecido el canto, que cual nube
de perfumado incienso al cielo sube.

En Viena se han reunido los Prelados austriacos, celebrando sus sesiones á puerta cerrada. No se permite entrar en esta reunión de Obispos á ningún extranjero, haciendo en ella de secretario el más joven de todos. Se cree tratarán, no solo del concordato con el Austria, sino de otros puntos disciplinares de aquella Iglesia.

Igualmente se ha celebrado un concilio dentro del mismo Londres, reuniéndose todo el Obispado católico de Inglaterra, llamada por Dios á reanudar su fé con el centro del catolicismo.

ADVERTENCIA.

Nuestros suscritores nos dispensarán el retraso con que hasta ahora se viene repartiendo *EL MUSEO CATÓLICO*. En lo sucesivo procuraremos corregir esta falta. Para completar los cuatro números del mes pasado, de los cuales falta uno, daremos en dos números del presente mes medio pliego más.

Para el número siguiente preparamos una lámina grande, en cobre, que representa una alegoría de San Ignacio de Loyola. Creemos que agradará á nuestros favorecedores.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARÍA MAGDALENA.

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior. A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administración de *El Cascabel*, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los corresponsales de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

EL MUSEO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE

Sale á luz en los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relación con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administración. 14	26	50	
{ Por medio de los comisionados..... 15	29	56	
EUROPA..... { Giro directo, francos..... 5	9,50	17,50	
{ Por comisionado, id..... 5,50	10,50	20	
ANTILLAS..... { Directamente. ps. fs..... "	2	4	
{ Por comisionado, id..... "	2,12	5	
AMÉRICA Y OCEANÍA. { Por giro, ps. fs..... "	"	6	
{ Por corresponsales, id..... "	"	7	

Administración, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.